

Biblioteca-Films

LA LOCURA DEL CHARLESTON

Num. 152

25 cts.



MONTE BLUE
PATSY RUTH MILLER
MAE MACAVOY

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

Valencia, 234 - Teléfono 958 G

AÑO III

BARCELONA

Núm. 152

APARECE TODOS LOS MARTES

:: REVISADO POR LA CENSURA PREVIA ::

La locura del Charlestón

EDICIÓN WARNER BROS



PERSONAJES

La Esposa del doctor	Patsy Ruth Miller
La señora Lalle	LILYAN TASHMAN
El Doctor Giraud	Monroe Blue
El Sr. Lalle	ANDRÉ DE BERANGER

¡CHARLESTON!...

La locura del día, la danza exótica de movimientos alocados, de un ritmo arbitrario que atrae por su modernidad, asimilada rápidamente por la juventud de hoy, recibe la consagración del cinematógrafo en esta farsa irónica y genial como obra de Ernst Lubitsch, llamado el mago de la pantalla.

París nos sonríe y desde sus bulliciosos templos nos envía el argumento de esta producción que vamos a reseñar en la forma novelable de costumbre, dando así cumplido testimonio de nuestra deferencia a los lectores de BIBLIOTECA FILMS dándoles las primicias de las mejores obras de la pantalla. En el hogar de artistas bohemios de los esposos Lalle de danzas orientales, occidentales y septentrionales, donde hacemos irrupción acompañados de nuestro buen amigo el lector, se hallan ensayando una de sus creaciones coreográficas que les sale algo desigual a pesar de sus repetidos ensayos. La señora

Lalle achaca a su marido la culpa del fracaso de sus ensayos.

—Pero, por Dios, Andrés, ten en cuenta que mañana es el estreno de esta danza y estás más pesado que el cobrador del alquiler...

—Pero, nena, como no adelgaces va a ser imposible que te rapte con la arrogancia que requiere mi indumentaria de sheik y sería grotesco que un arrogante hijo del Islam debiera raptar a su amada en un sidecar o en una carretilla de mano, aun cuando fuera de segunda mano.

—La culpa es únicamente tuya, que pierdes facultades de día en día, y como no recuperes las fuerzas, vas a ver qué lluvia de hortalizas en el escenario... En vez de una función de gala será un Concurso Vegetariano... Estás más flojo que la entrada de anoche, en la que sólo había cincuenta personas...

La escultural señora Lalle, habiendo hallado la solución, entrega a su esposo un plato lleno de succulentas tostadas con mantequilla y un par de huevos, lo que alarga a su esposo diciéndole:

—Esto es lo que tú necesitas: alimento que te vigorice para que no falles la salida o te caigas llevándome a mí a cuestras, que sería doble daño en la reputación artística y en las costillas...

—Lo que nos ocurre es que ya satisfechos de la gloria después de nuestra provechosa

"tournée" por tierras de América, donde se tragan todavía todos los camelos con envase de arte, deberíamos retirarnos a descansar y no querer presentarnos ante este público de París tan exigente y al que no se puede dar gato por liebre...

Dejemos al matrimonio en sus disquisiciones, que demuestran cómo está el arte por dentro, y pasemos atravesando la calle a la casa de enfrente, donde trabaremos conocimiento con otro matrimonio igualmente de la última hornada, pero donde la frivolidad del arte ha sido sustituida por la austeridad de la ciencia. Susanita Giraud y su esposo habitan un confortable hotelito situado frente por frente de la casa de los artistas. Ella es una romántica que se aviene poco con la vida vulgar y aburrida a que la condena las demasiadas ocupaciones de su esposo, y él ejerciendo la medicina olvida que allá en su juventud fué gallardo y calavera..., si bien lo primero lo conserva, lo segundo lo ha olvidado ya, para atender a sus numerosos pacientes. No obstante ha observado que su esposa delira por las novelas de carácter sentimental y esto le contraría, aunque bien sabe que contra estas enfermedades del alma, no existe remedio en la farmacopea.

Por la ventana que da al aposento donde Susanita está leyendo, puede verse cómo el artista va y viene desnudo el torso, y Susanita lo contempla, creyendo que una de las páginas de su libro favorito revive en aquel

momento ante su imaginación evocadora de los fastos orientales. La llegada de su esposo la sorprende entusiasmada contemplando al pseudo sheik y el doctor Giraud exclama al ver a su mujer con la vista fija en el semi-desnudo artista:

—¿No querrá Dios que este árabe de guardarropía pille una pulmonía y sea yo su médico de cabecera?...

—¿Qué dices, maridito mío? — pregunta Susana.

—Nada, que deberías instalarte en otra habitación para dedicarte a estas lecturas...

—Pero ¿a qué quieres que me dedique mientras tú estás ausente?...

—Tienes razón; la mujer, según vuestras teorías, ha nacido para la ociosidad, y así se explican muchas cosas que para algunos son inexplicables. Pero, a ver, alárgame la mano...

Y diciendo esto el doctor toma el pulso a su esposa que extrañada protesta:

—Pero tú ves pacientes en todas partes; si no estoy enferma...

—Me lo había parecido, porque estas lecturas de tierras exóticas sólo pueden conducirte a un falso estado mental en que las mayores estupideces y absurdos te parezcan cosa común y corriente.

—Pero, mi bello Sheik—exclama Susanita, echando los brazos al cuello de su marido.

La palabreja no le hace a éste la menor gracia y comprendiendo que ni va dedicada

a él, ni mucho menos ha sido él quien la ha inspirado, tuerce el gesto y pone cara avinagrada.

—Ya sé lo que te pasa: tienes celos del vecino.

—Mira, chico, a mí no me vengas con monsergas; yo me pongo a leer y si al vecino le da por asomarse, ¿qué culpa tengo yo de la costumbre de los árabes de salir a las ventanas a tomar el aire? En todo caso a quien debes pedir una explicación es a él.

—Pues, por una vez en la vida, voy a seguir tu consejo y no volveré sin antes haberle dado una buena lección a este frescales... ¡Aunque fuera el mismo Mahoma!

Atravesando la calle y seguido por la mirada angustiosa de Susanita, que cree a su esposo capaz de cualquier barbaridad, el doctor se mete, bastón en mano, en casa de su vecino y llama a la puerta mientras tantea el bastón asegurándose de su solidez. Una criadita le franquea la entrada, dejándole junto a la puerta del aposento de la señora Lalle. Esta, desde dentro, da la voz ansiada:

—¡Adelante!

El doctor Giraud penetra como quien va a entablar formidable combate, y cuando pensaba descargar el primer bastonazo, una voz dulce murmura cariñosamente y con cierta espontánea sorpresa:

—¡Pablito!

Al instante Giraud reconoce en ella a una antigua amiga suya,

—¡Georgette!—exclama con entusiasmo, saboreando en un instante toda la miel de mil diversos recuerdos...

Inmediatamente abandona el bastón en un rincón de la estancia y la conversación toma un franco tono amistoso y evocador de viejos recuerdos que se agolpan a la memoria de ambos.

—¿Te acuerdas de aquella tarde en que mi primer marido se fué de excursión?...

—Indudablemente, y de la ilusión con que destrozamos aquel pollo asado en la sombra propicia de un taxi en pleno bosque lejos de la ciudad...

—Alto, Georgette, el del taxi no era yo... Me confundes con algún otro afortunado mortal que gozaba de tu predilección... Pero, en fin, podía haber sido yo, ¿qué demonio!...

—Tienes razón, no es cosa de ir ahora a depurar los hechos; lo esencial es que la casualidad nos ha reunido de nuevo, y esto debe celebrarse.

—Celebrémoslo —dijo con entusiasmo Giraud; pero un recuerdo acudió a su mente: su mujercita. Y tomando un aire de canónico exclamó—: He de ser formal: me he casado...

—También yo, chico, y mi segundo marido está en la habitación contigua.

Giraud dió un salto, pero ella le tranquilizó.

—Voy a presentártelo, perdona un momento.

Giraud quedó solo mientras Susanita



en busca de su marido. Entonces recordó el porqué de su visita y se asomó a la ventana. Su esposa, desde la otra situada enfrente, estaba mirando ansiosamente pugnando por ver si la batalla tenía consecuencias. Al darse cuenta de que su esposo asomaba despeinado (por las manos hábiles de Georgette), creyó que había sido el bello sheik el que se había enzarzado a golpes con su esposo y lanzó un grito de espanto. Giraud la tranquilizó con un gesto de héroe, como diciéndola:

—¡Bueno he puesto a tu árabe!...

Pero en aquel mismo momento, por otra ventana, asomó éste, que se arreglaba para ser presentado, y a Susanita no le quedó la menor duda de que su esposo había llevado la peor parte en la pelea. En aquel momento Giraud desapareció y ella creyó que iba a arrojarse sobre el seik cuando en realidad éste llegaba sonriente con su esposa, que, presentándolo al doctor, le dijo con seriedad muy irónica y femenina:

—Mi primer bailarín y segundo marido...

Giraud quiso seguir la broma con apariencia de seria presentación y añadió:

—Encantado y divertido de conocerlo...

—He venido a decirle... a decirle, que desde mi ventana y vestido a lo sheik está usted tan arrebatador como Rodolfo Valentino... y espero que nos veremos con mayor frecuencia... aunque, a decir verdad, preferiría verlo a usted envuelto en una chilaba, o si no la tiene a mano, líese con una sábana...

El doctor atravesó la calle con la mayor rapidez y se dirigió a su domicilio. Su aspecto era el de un combatiente que regresa del campo de batalla. Pero en su atolondramiento no se dió cuenta de que había dejado el bastón en casa de la escultural Georgette, que tan gratos recuerdos de su juventud había despertado en su alma. Semejante a bandada de dormidas palomas, que despiertan y revolotean, así acudían a su mente mil gratos pensamientos, diabluras, aventuras y susos corridos con la bailarina, cuando era esposa de un pobre confitero, al que a pesar de su dulce negocio, le amargaba la vida con sus flirts... y escapaditas del hogar...

Su esposa, con la mayor buena fe del mundo, fué a recibir a nuestro doctor a la puerta, preguntándole llena de ansiedad:

—¿Qué ha pasado? ¿No lo habrás muerto, verdad?...

—No me preguntes—replica el doctor tomando un gesto trágico.

—¿Y el bastón dónde está?

—Figúrate que lo he roto en mil pedazos sobre las costillas del sheik, que han quedado asadas a bastonazos... sacaba humo de la piel... no puedes suponer lo que es una piel de sheik ahumada... en fin, ya lo puedes suponer; ahora lo que yo necesito es descansar...

El bailarín, que no ha dudado del objeto verdadero de la visita, se da cuenta de que su vecino ha olvidado el bastón y se apresu-

ra a devolverlo, dando así una prueba de correcta educación.

¿Y cuál no sería la sorpresa de Susanita, al ver a su sheik vestido de americana y con el bastón en la mano, presentándosele galantemente!

—¿Pero no le ha pegado mi esposo con este bastón hasta romperlo en mil pedazos?

—Al contrario, señora; su esposo, que es una persona muy fina, me ha prodigado infinitos elogios, se ha preocupado de mi salud, diciendo que cuando me asome a la ventana lo haga envuelto en una sábana, en fin, ha estado conmigo la mar de amable...

La decepción de Susanita no es para descrita. Entonces, su esposo había representado una comedia para tomarle el pelo y pasar ante sus ojos por un héroe de novela, cuando en realidad, había ido únicamente a presentar sus respetos a los vecinos... Era incomprendible, y como ella ignoraba la circunstancia de que había resultado antiguo amigo de la esposa del bailarín, aun le parecía de todo punto absurdo que su esposo se hubiera permitido una burla sobre su candidez...

—En fin, que si su esposo como amable y atento bate todos los records, usted como mujer bella es un verdadero portento que sólo hallaríamos en las tierras cálidas y doradas donde lo bello y el fasto oriental brindan a las damas selectas paraísos de placer y de belleza... y por cierto que tiene usted un perfil de deidad egipcia que le da un aspecto

exótico, romántico, bíblico, apocalíptico o la belleza helénica con el fino ambiente oriental combinada...

El párrafo no podía ser más cursi, pero Susanita lo tomaba como perfume de selecta poesía, en el estado de alma en que se hallaba. En aquel momento, Giraud salió del punto en que se hallaba y Susanita dejó en él el bastón... que visto momentos después por Giraud le hizo el efecto de una granada del 42 que estallara a sus pies... Pero por una casualidad, cuando volvió a salir, su esposa retiró el bastón creyendo que su esposo no lo había visto.

Después de haber desgranado dos o tres madrigales más al oído de Susanita, el bailarín tomó el bastón y díjola:

—Yo me pasaría la vida, señora, ponderando su belleza y comparándola a la de las más famosas diosas del Olimpo, pero he de marchar... otro día vendré y devolveré el bastón. Hoy es preferible que su esposo ignore mi visita.

Y con unos pasos de danza oriental y dos o tres cortesías indias, ademanes desmayados y otras lindezas por el estilo, el bailarín desapareció dando una graciosa media vuelta, ni más ni menos que lo hubiera ejecutado sobre el tablado de la Opera Cómica...

Entonces apareció Giraud, que andaba buscando el bastón y tentado de creer que todo había sido una alucinación, pues el famoso bastón había desaparecido de nuevo, sin que

podiera dar con él... cosa que deseaba para seguir pasando por valiente...

Susanita estaba deseando devolverle la pelota a su marido y tomando una pose de mujer rendida y admirada por el gesto de su marido exclamó con teatral ademán:

—¡Héroe mío... cómo te admiro!

—Esto no tiene importancia, Susanita... era mi deber y aun cuando le hubieran dado guardia dos compañías de ametralladoras, yo le hubiera roto igualmente el bastón en sus costillas...

—¿Y de los pedazos, qué has hecho, monín? ¿Se los ha tragado el bailarín?

—No me preguntes; ni me acuerdo, en el furor de la lucha se me ha olvidado... pero este tío fresco estará por lo menos tres días postrado en cama... eso si no lo ves salir en una camilla camino del hospital...

—¿Qué valiente eres! ¿Cómo podría amar yo a otro hombre que no fueras tú... si eres un tonto en tener celos de nadie?...

En estas mutuas camelancias estaban los dos cónyuges, cuando el timbre del teléfono les sacó de su al parecer azucarado idilio.

—¿Es aquí el doctor Giraud?

Susanita, que se había puesto al aparato, se apresuró a contestar afirmativamente.

El comunicante continuó... Era una voz femenina, pero a la esposa crédula no le chocó este detalle.

—Mi esposo se encuentra enfermo... ¿No podría visitarle inmediatamente el doctor?

—¿Cuál es su dirección, señora?

—Calle Catalán, número 5, en el Café Moreau.

—Irá al instante; sosiéguese, señora.

Mientras este diálogo tenía lugar entre la esposa de Giraud y la señora Lalle, que ésta y no otra era la que dialogaba desde el Café Moreau, fingiéndose un enfermo, cuando en realidad se trataba únicamente de combinar una entrevista, en el salón contiguo se hallaba el doctor presa de horrible angustia. Aquella desaparición del bastón le ocasionaba una pesadilla, durante la cual lo veía bailar caprichosamente, darle golpes de contera en la nariz y por fin, queriendo hacer desaparecer aquel testigo mudo pero indiscreto, creyó que se lo tragaba.

—Pero ¿qué te pasa? Mira, acaban de telefonar suplicando te dirijas cuanto antes al Café Moreau, pues el dueño está muy grave y su esposa ha telefoneado reclamando tus servicios. No te entretengas, la pobre mujer está angustiada... la cosa es urgente.

Comprendiendo al instante de quién se trataba, Giraud se despidió de su esposa y se dirige en su Rolls al Café Moreau. Pero era tanta su impaciencia por llegar, que un guardia motorista le detiene por exceso de velocidad. La multa representa un contratiempo y una cantidad, y para ahorrarse lo uno y lo otro, el buen doctor le dice al guardia que se trata de un caso profesional y que la urgencia es debida a que el enfermo que le ha

llamado está casi agonizando. El guardia, que es de los duros, no acaba de tragarse el anzuelo y acto seguido, si bien le permite continuar su rumbo, le sigue en la moto para cerciorarse.

Giraud larga al guardia media docena de buenos insultos, que él copia uno por uno en una libreta tomando nota y diciéndole, cuando le dispara los epítetos:

—¡Por favor, más despacio que no me da usted tiempo de copiarlos!...

Por fin Giraud, seguido del guardia motorista, llegan al Café Moreau.

—Oiga usted, señor doctor, ¿a esto le llama usted cumplimiento del deber y caso de urgencia mayor? Sepa usted que mi obligación es ponerla a usted triple multa, por burlar a la autoridad, por exceso de velocidad, por falta de urbanidad y por... fresco.

—Déjame, so feo... — es la única respuesta que Giraud da al guardia, mientras dirigiéndose a la bella Georgette, le dice: —Si yo tuviera ahora mi bastón... de fijo que se lo rompía en las costillas.

Sin embargo, mientras él estaba de amorosa plática con Georgette, recordando y precisando recuerdos y dale que te dale a la memoria, el bailarín aprovecha la doble ausencia del vecino y de la esposa, para con el pretexto del bastón, visitarla de nuevo y repetirla entre contorsiones y estudiados gestos, que ella era la poseedora del más fino y purísimo perfil árabe.

En tanto el danzante se entretenía en variar todo el repertorio de las declaraciones más poéticas y de versos más sonoros... hasta que tomando el bastón largóse a descansar y esperar otro día en que repetirla la misma cantinela... Susanita, por toda respuesta, le dijo:

—¡Váyase y no vuelva, señor danzarín... que es usted más pesado e insulso que la radio!

Al día siguiente en la hora plácida del desayuno, cuando los dos esposos se hallaban reunidos breves momentos antes de que él saliera a sus visitas y ella tomara su novela predilecta, al dar un vistazo al periódico tropezaron con la siguiente noticia:

"Un arresto sensacional. — Discusión con el guardia. — Triple multa

"El doctor Giraud ha sido condenado a tres días de prisión por exceso de velocidad y falta de obediencia a un policía motorista al que dirigió dos docenas de insultos. La sentencia deberá cumplirla en breve. Tratándose de una de las primeras figuras de la Medicina, sentimos el percance."

—¡Pero es cierto este encierro en perespectiva, esposito mío? ¡Por qué no llamas como testigo a tu enfermo... él te podría disculpar delante de estos verdugos que te separarán de mi lado tres días y tres noches mortales?... ¡Pobrecito mío!

—No te preocupes, nena, aun pueden abolverme...

—Pero créeme a mí, llama a tu enfermo y que declare todo, menos ir a la cárcel... y con lo poco que te prueban los aires viciados...

—¡Pero cómo quieres que llame a Moreau si el pobrecito está tan grave que ni siquiera se ha acordado de pagarme la visita?

Pero Susanita no se da por convencida y en su buena intención de evitar a su esposo el ir a la cárcel, coge el teléfono y llama al Café Moreau. En vano su marido trata de disuadirla diciendo:

—No le llames, tiene una enfermedad muy contagiosa... se te podría pegar hasta por teléfono...

Susanita está hablando ya con el Café Moreau, de donde al preguntar por el dueño, le contestan:

—¡Murió, señora, el señor Moreau!

En realidad, no mentían, pero la viuda se refería a un acontecimiento ocurrido hace años.

—¡Pero qué fatalidad: tu cliente ha fallecido!

Satisfecho de esta salida que le brindaba la Providencia, Giraud tomó su sombrero y se marchó, diciendo a Susanita:

—Mira, he de salir porque quiero cobrar la cuenta antes de que su viuda se vuelva a casar...

Y disimulando su alegría, Giraud largóse a todo gas a reunirse con su adorado tórmen-

to, la escultural Georgette, con la que se da un paseo por los alrededores, regresando luego a su casa, con un nuevo plan fantástico, madurado de acuerdo con la bailarina.

Llegó la noche y Giraud tenía tomadas todas sus medidas para darle el camelo a su adorable y confiada mujercita, que sólo tenía quedarse sola porque inevitablemente acudiría el bailarín a visitarla con la excusa de devolver el bastón, que después volvía a llevarse para aprovechar al día siguiente el mismo timito.

Sacando de su bolsillo un papel, cuidadosamente doblado que un ordenanza acababa de entregar a la doncella, se lo exhibe a su esposa. Decía así el documento:

"Prefectura de Policía

"Por la presente se ordena al Sr. Pablo Giraud se presente en la Prisión Correccional para sufrir el arresto de tres días que le ha sido impuesto."

Susanita por poco se desmaya. Pero Giraud, representando a las mil maravillas, la anima diciendo:

—Es preciso tener entereza ante las adversidades de la vida.

Susanita estaba atónita, aquella nueva prueba de valor de su esposo la dejaba más convencida que la del bastón y nada recelaba. Solamente al ver sobre una silla de su cuarto su traje de frac dispuesto, le preguntó extrañada:

—¿Pero te vas a poner este traje para pasar tres días en el calabozo?

—Naturalmente, quiero conservar mi rango aun estando entre rejas y además hoy en día se encuentra uno en la cárcel con personas de la mejor sociedad y hay que alternar...

—En fin, te encuentro desconocido... ¿Y qué vas a hacer ahora?

Giraud sin hacer caso a su esposa, coge la más hermosa flor de un búcaro precioso y la coloca en el ojal de su frac, diciendo con indiferencia:

—Con esta flor tendré un aspecto elegante.

—Pero, esposito mío, viéndote así cualquiera diría que vas a un baile... ¿a eso llamas despistar al vecindario?...

—¡Si supieras, esposita, lo que siento el que no puedas acompañarme!

Después de dar a su mujer tres resonantes, tiernos y prolongados besos, uno por cada día, de ausencia de Giraud, alejóse con rumbo a la cárcel... pero en la próxima travesía cambió de ruta y fué a esperar a la bailarina, que en aquel instante se despedía de su esposo con estas palabras:

—¿Por qué no me acompañas al baile? En fin, siento verme privada de tu compañía, querido Andrés, pero aprovecha esta noche para cuidar de tu delicada salud; yo no tardaré en volver, bien sabes que mi ausencia sólo obedece a deberes de artista... pero mi corazón es tuyo.

Por su parte, Andrés, afectando verdadera contrariedad, la contesta:

—¡Oh, nena mía!, no hagas caso a mi jaqueca y diviértete mucho, no viene de media hora, pero aprovecha el tiempo para ver si alguien baila mejor que nosotros.... de mí no te preocupes, me acostaré temprano...

Después de dar a su esposo un beso más apretado y dulce que de costumbre, Georgette sale como alma que lleva el diablo y se reúne con Pablito Giraud, doctor y... juerguista, y ambos a todo gas de un taxi de sexta mano, se encaminan al baile de los artistas que en aquel momento empezaba a poblarse con las primeras figuras mundanas de todo París.

Susanita, apenada por la ausencia de su marido, halló a faltar aquella noche más que otras la "compañía del compañero", y recurrió a la Radio, patrona de los aburridos. Buscó la onda y tropezó con el baile de los artistas que radiaba los bailables de su orquesta, e iba anunciando las vicisitudes de un concurso de charleston, el baile de moda, que tenía dominado a la juventud bulliciosa y elegante de París.

Pero la presencia de Andrés, el tenaz bailarín que deseaba obtener de Susanita una pequeña correspondencia a sus amorosas ansias y que venía a repetirla aquello de:

—Además de devolver el bastón, vengo a repetirla que tiene usted el perfil helénico-oriental más perfecto que he visto en mi vi-

da... Está usted avasalladora, irresistible, tentadora, admirable, perfecta, elegante, soñadora, escultural, encantadora, ilusionante, estupenda, despampanante y ¡oh dioses! indiferente cual siempre...

Considerando que en su arte había recursos suficientes para epatar a cualquier mujer, Andrés se puso a ejecutar unos pasos de danza, que parecía la de la desesperación de un fauno neurasténico...

—¡Por favor no me comprometa usted y deje esta danza para el escenario!... Yo quisiera ahora escuchar la radio y usted me lo impide...

Pero no pudo continuar; la criada entró en el salón, precediendo a un señor vestido de riguroso jaquet, que desabrochándolo dejó al descubierto la faja de comisario de policía.

—Buenas noches, doctor Giraud—exclamó el recién llegado.

Andrés palideció, pero no tenía otro remedio que seguir fingiendo, pasando por el doctor Giraud.

—Siento tener que interrumpir esta deliciosa escenita conyugal... el concierto de la radio y las danzas seráficas del señor doctor; pero ha llegado el momento de cumplir el arresto... y por lo tanto, le suplico se sirva despedirse de su esposa y se digne acompañarme...

Andrés no objetó una palabra a lo dicho por el comisario; su caballerosidad le veda-

ba darse a conocer. Siguió sumiso y representando quizás con demasiada propiedad su papel, despidióse con una serie de besos de la que en aquellos momentos aparentaba ser su esposa...

En tanto y mientras Susana quedaba sola en casa, en el baile de los artistas reinaba la locura del charleston. Las parejas en rauda competencia bailaban, dando al baile la máxima expresión y movimiento. Centenares de corazones latían al mismo compás y las piernas ágiles y torneadas de ellas competían con las de ellos en dar las clásicas pataditas, puntos y contrapuntos, realizando filigranas sobre la alfombra. Entre los que con más ardor se charlestoneaban... están el doctor y su pareja, que en medio de un corro de admiradores, le daban al cuerpo una sesión de movimientos epilépticos que despertaba la admiración de todos. Iban quedando ya solos, porque sus contrincantes quedaban agotados, no pudiendo competir con aquel torbellino humano que parecían dos trompos locos. Ni los mismos negros del Senegal hubieran podido competir con ellos...

Al quedarse solos y ser proclamados vencedores, una ovación formidable estalló... La ovación hizo estremecer a Susanita, que corrió al aparato de radio que transmitía en aquel momento el resultado del concurso. La esposa oyó las siguientes frases pronunciadas lentamente por el speaker ante el micrófono instalado en el baile de los artistas:

—La señora Lalle y el doctor Giraud han sido los vencedores del concurso de Charleston, entre el fallo general y unánime aplauso de todos los presentes...

Susanita aguzó el oído y oyó la voz de su



Es delicioso aquí no huele a cloroformo

esposo que dice en respuesta a quien le ha ofrecido una copa de champaña, con este brindis gloria y honor a los vencedores del charleston:

—¡Señores, esto es vivir, aquí no huele a cloroformo!...

Esta vez ya no le cabe duda. Es la voz de

su esposo que se halla en el baile de los artistas, dedicado a la locura del charleston y ella creía que se hallaba entre rejas... De haber acudido ahora el bailarín no lo hubiera tratado tan desdeñosamente, pero Andrés se hallaba en aquellos momentos entre rejas.

Rápida, toma una determinación, luego toma su abrigo y se hace conducir al baile de los artistas. En aquel momento y entre los vapores del champán, Giraud tiene un momento de lucidez y se da cuenta de su situación.

—¿Y si por no acudir al encierro me recargan la pena?...

Y dirigiéndose a Georgette, que en aquel momento está en animado coloquio con su admirador, le dice:

—Me voy a la cárcel, para variar de ambiente...

Ella no le hace caso, y repite con la insistencia de los "alegres" el simpático doctor, ya desengañado de obtener respuesta de la frívola Georgette:

—¡He dicho que me voy a la cárcel!

Y sale por la puerta del salón hacia el guardarropía, donde se cruza con una elegante mascarita que le mira a través de la careta con sus ojos brilladores, donde él cree leer el fuego de una ilusión y la esperanza de una amorosa aventura. Intrigado por el cuerpecito airoso de la recién llegada, Giraud se la mira detenidamente y la encuentra muy superior a Georgette, de la que ya

ni se acuerda al ver que le ha hecho el salto con un tío calvo y con bigote, que es el colmo de la frescura...

Para entablar conversación con la intrigante damita, la dice cariñoso:



Que deliciosa Mascarita y me parece conocer estos ojos.

—Soy el doctor Giraud, pero no se lo diga a nadie que se podría enterar mi mujer...

La señora le deja hacer y colgándose de su brazo se deja conducir, aunque es ella la que da la dirección al chofer. Después de dar dos o tres vueltas rápidas, con el consiguiente medio tumbo sobre la pareja, llegan

a una casa donde se detiene el auto.

Al descender, Giraud queda mirando la fachada y exclama:

—Me parece que no es la primera vez que entro en esta casa...



Esta habitación también la recuerdo

Pero la damita le empuja cariñosamente y sube las escaleras en un santiamén.

Al llegar a la habitación de la dama, exclama de nuevo, quedando perplejo:

—Esta habitación también la recuerdo...

Juzgando la comedia demasiado larga para su impaciencia en armar una escandalera, la

esposa, que ésta y no otra es la simpática mascarita, se arranca la careta.

Giraud, a quien los vapores del champán han nublado algo la inteligencia y la vista, no la reconoce de pronto y exclama:

—Y a ti también te conozco mucho...

La cara de fiera de su mujercita no le intimida y exclama:

—¡Sí, nena, eres la damita de las ligas verdes!

De pronto recupera la noción de la realidad y viendo ante sí a su esposa vestida con traje de calle, la dice con su autoridad de marido:

—Y estas son horitas de regresar a casa? ¿Es decir, que vienes de divertirte mientras yo estaba entre rejas?

—¡Farsante!—replica Susanita—. Mientras tú estabas en el baile divirtiéndote, yo he arreglado las cosas en forma tal que ya no precisa que vayas a la cárcel... ¡Si supieras lo que me ha costado!

Giraud se da cuenta de su culpa y se siente tan pequeño, que casi desaparece detrás de una butaca... Su prestigio y su figura se van reduciendo por igual...

Sin embargo, las discusiones conyugales duran poco y a la mañana siguiente ocurrían hechos muy diversos. Susanita y Giraud almorzaban amarteladitos en el comedor íntimo de la casa y al mismo tiempo Georgette

Al día siguiente después de firmar, sellar y rubricar las paces...



encontraba un telegrama de Andrés que decía:

“El doctor me ha ordenado que pase tres días en sanatorio especial. No es cosa de cuidado. Abrazos.”

Con la frescura que le es proverbial, Georgette coge el aparato y pide comunicación con su admirador de la víspera, diciéndole:

—El mundo es nuestro; mi marido está en el sanatorio... ¡Nos veremos a cualquier hora!

En aquel momento, el bailarín en el “sanatorio” y con el uniforme de preso, daba el paseo por el aptio de la cárcel, marcando el paso y en correcta formación.

En tanto, el comedor de los Giraud seguirá siendo testigo de zalamerías y ternuras sin fin, prueba evidente de que las paces habían sido firmadas, selladas y rubricadas cumplidamente. Giraud confiesa su culpa al contemplar a un pajarillo, al que dice mientras abraza a su esposa:

—Así merecería estar yo, entre rejas, por haberme dejado seducir por la locura del charleston...

Momentos después desdobra el periódico y lee la estupenda noticia:

“El arresto del Dr. Giraud

“Una escena patética tuvo lugar en el domicilio del doctor Giraud, al despedirse tiernamente de su esposa para ir a cumplir el arresto.”

Susanita palidece, pero Giraud suelta la carcajada diciendo:

—Esto demuestra el crédito que puedes dar a las noticias de los periódicos...

Y ambos ríen, cada cual por lo suyo... y así va el mundo y así deben ser las cintas que reflejen como un espejo la vida de nuestros días...

FIN

NUESTROS PRÓXIMOS ÉXITOS

— Enseguida: —

LA PRUEBA DEL FUEGO =

EL HEROISMO DE UN AMOR

BLANCHE SWEET
RONALD COLMAN

¡¡ Pronto !!

¡¡ Pronto !!

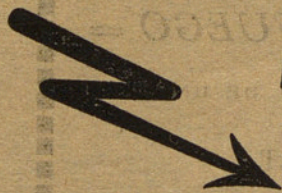
Faust

poema de amor del
inmortal

Goethe

¡ÉXITO SIN PRECEDENTES!

**YA ESTÁ
EN VENTA**
EL



Almanaque TOM MIX

Artística portada
a varias tintas

Vida y anécdotas ilustradas
del célebre caballista y cowboy

TOM MIX

Profusión de grabados - Historietas - Juegos - Cuentos

SOLO CUESTA 30 CÉNTIMOS

COMPRELO ANTES QUE SE AGOTE

— PEDIDOS A —

BIBLIOTECA FILMS - Valencia, 234 - Barcelona

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

ENVIAMOS CATÁLOGO GRATIS

BIBLIOTECA FILMS «TÍTULO DE LA SUPREMACÍA»

(Continuación del número anterior)

SELECCIÓN DE BIBLIOTECA FILMS

Núm.	TÍTULO	Protagonista	Postal
	Rosita, La Cantante Callejera.	M. Pickford	UNA Peseta
VOLÚMENES A 50 CÉNTIMOS			
7	La Rosa de Flandes	R. Meller	R. Meller.
21	La Brecha del Infierno	C. Vernades ...	C. Vernades.
35	Koenigsmark	H. Duflos	J. Catelain.
49	Los dos pilletes	J. Forest - L. J. Forest - L. Shaw	Shaw.
82	Como D. Juan de Sarrallonga. Fay Compton .	M. Phillbin.	
88	Conciencia contra ley	M. Vargonyi ..	M. Vargonyi.
93	El lobo de París	H. Baudin	Signoret.
98	El Abuelo	M. Ribas	A. Rubens.
104	El bien perdido	Alice Joyce ...	R. M. Kee.
112	La madre de todos	Mary Carr	E. Love.
122	Ronda de noche	R. Meller	N. Talmadge.
134	El último correo	Vera Reynolds ..	Ricardo Cortez.
145	Ropa vieja.....	Chiquilin	Mae Busch.

FILMS DE AMOR

VOLÚMENES A 50 CÉNTIMOS

Núm.	TÍTULO	Protagonista	Postal
1	El templo de Venus	M. Philbin ...	M. Philbin.
2	La tierra prometida	R. Meller	Tina Meller.
3	Sacrificio	Fay Compton	Fay Compton.
4	Las garras de la duda	Leda Gis	Capozzi.
5	Ruperto de Hentzau	Lew Cody	Hammestein.
6	El tren de la muerte	Cayena	Alice Terry.
7	La esposa comprada	Alice Terry ...	J. Farrell M.
8	El juramento de Lagardère ..	G. JJacquet ...	M. Harris.
9	Buda, el Profeta de Asia ...	Himansu Rai .	P. Marmont.
10	La princesa que amaba al amor	A. Manzini	L. La Plante.
11	La Hija del Brigadier.....	Nora Gregor....	Claire Winsor
12	La Píera del Mar	J. Barryn ore....	R. Denny

Servimos números sueltos previo envío del importe en sellos de correo.

Biblioteca Films - Valencia, 234 - Barcelona